

1920

Medio Siglo de la Casa del
Estudiante Sudcaliforniano
en México

Profr. Jesús Castro Agúndez

1970

1920

Medio Siglo de la Casa del
Estudiante Sudcaliforniano
en México

Profr. Jesús Castro Agúndez

1970

Imprenta "El Sol" - Tijuana - Baja California Sur - México - 1970

1920

Medio siglo de la Casa del
Estudiante Subcaliforniano
en México

Prof. Jesús Castro Agúndez

1920



SR. AGUSTIN ARREOLA

Como un sentido homenaje al señor Agustín Arreola, que en el año de 1920 acordó pensionar en la ciudad de México a un grupo de estudiantes sudcalifornianos para que continuaran sus estudios en las aulas capitalinas y la creación de la Primera Casa del Estudiante Sudcaliforniano, se presentan tres trabajos que en diversas ocasiones ha dado a la publicidad el profesor Jesús Castro Agúndez sobre este hecho trascendental en la historia peninsular y de señalada importancia en nuestra vida cultural. Esta decisión del Gobernante, sin precedente hasta entonces, es de las que marcan huellas profundas en el devenir de los pueblos.

El 18 de noviembre de este año, se cumplirá media centuria de que partió de la ciudad de La Paz el primer grupo de estudian-

tes hacia la capital de la República, hecho que ha sido determinante en la vida posterior del Territorio, ya que, como es del dominio público y forma parte de nuestra historia, en el año de 1920 adolecíamos de una pobreza cultural de la que muy pocos valores estaban a salvo.

Los que aún vivimos de ese primer grupo de jóvenes estudiantes de hace 50 años, somos ya todos viejos, lo que nos ha permitido tener a la vista el panorama sucesivo a que ha dado lugar la existencia de la brecha que se abrió entonces y apreciar con toda amplitud las ventajas de la existencia de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano.

Es el más alto sentimiento de gratitud acrisolado por la experiencia y la más profunda convicción de que pocas obras han sido tan benéficas como el establecimiento del puente cultural que se tendió desde nuestro Territorio hasta el centro mismo del país, el que dicta estas líneas. Y nunca podremos dejar de decir lo que nuestro corazón y nuestra conciencia han musitado siempre.

¡MUCHAS GRACIAS DON AGUSTIN!

Los supervivientes del primer grupo de estudiantes.



PROFR. ARTURO OROPEZA

Hacemos extensivo este homenaje al maestro de muchas generaciones, don Arturo Oropeza Villegas, quien sacrificando la destacada posición económica de que disfrutaba en el Territorio y truncando también su brillante carrera profesional, aceptó ser el realizador del proyecto de integrar un grupo de estudiantes sudcalifornianos, conducirlo a la ciudad de México y dirigir la Primera Casa del Estudiante Sudcaliforniano.

**Nuestro reconocimiento eterno para usted, querido
maestro Oropeza.**

Treinta Años en la Vida Cultural de Sudcalifornia

Palabras pronunciadas en la cena que el Club Rotario de la ciudad de La Paz, ofreció a un nutrido grupo de estudiantes sudcalifornianos, la noche del 18 de enero de 1951.

La presencia del selecto grupo de jóvenes estudiantes que honra hoy nuestra mesa, hace que vuelvan a mi espíritu reminiscencias de la época en que también nosotros, como ellos ahora, esperábamos con ansias el principio de cada año de estudios que nos haría ascender un peldaño más en la escala de nuestras aspiraciones. A horcajadas en el corcel veloz del recuerdo, vuelvo a vivir las inquietudes, las zozobras; pero también las esperanzas y alegrías de la vida estudiantil, esa incomparable etapa de la existencia en que todo lo vemos teñido con el rosado tinte de la ilusión. En un salto retrospectivo, aparecé de pronto en la imaginación el cuadro que ofrecía el viejo muelle de La Paz, cuando estaba a punto de partir hacia lo ignoto, hacia lo desconocido, plétórico de anhelos y esperanzas, el primer grupo de estudiantes sudcaliforniano. Una emoción no experimentada hasta entonces, envolvía todo nuestro ser e inundaba por entero nuestro espíritu. Era el 18 de noviembre de 1920 y en las tranquilas aguas de la Bahía, el "San Antonio", ese histórico barco decano de nuestra Marina Mercante, hinchaba ya su velamen dispuesto a emprender su viaje en ruta hacia el Puerto de Manzanillo, llevando en esta ocasión repleta la toldilla con aquel cargamento de jóvenes a quienes podría calificarse con justicia, como nuevos aventureros del ensueño.

Una compacta multitud compuesta por autoridades, maestros, familiares, amigos, niños de las escuelas y simples curiosos, se había congregado para vernos partir. Una noche antes, en la Escuela Comercial se nos había hecho la despedida oficial. Don Bonifacio Díaz, viejo mentor de la juventud, había pronunciado un sentido

y alentador discurso; el excelso poeta Filemón C. Piñeda, en versos que sólo él podía modelar, nos había dicho:

*¿Queréis conocer la Omega
conociendo el Alfa ya?*

y luego, en el climax de la emoción:

*Adiós con trémula voz
hace explosión la palabra
como temiendo que se abra
y se parta el alma en dos.*

El Gobernador recientemente electo, don Agustín Arreola nos había estrechado en paternal abrazo y don Antonio Delgado, don Manuel Quiroz, don Carlos Cornejo, don Isidro Isáis y muchas otras personas más, tuvieron ocasión de dedicarnos frases de cariñoso aliento.

Las impresiones de esta despedida, multiplicadas por el espectáculo que ofrecía el muelle, estaban a punto de hacer estallar nuestros corazones. Con lágrimas en los ojos y un apretado nudo en la garganta, subimos a la cubierta del barco que poco después se alejaba en dirección a la bocana. Pronto, los pañuelos blancos se perdieron de vista confundidos con la línea del horizonte.

Vueltos los impulsos emotivos a su cauce normal, establecimos los de a bordo los primeros contactos e hicimos mentalmente la primera revista: el maestro Arturo Oropeza, conductor del grupo; Alejandro Pedrín, Manuel Galván y yo, de San José del Cabo; Francisco Cota y Pablo Nolasco, de El Triunfo; Francisco Borbón, Luis Peláez, Raúl Estrada, Gustavo Moreno, José María Meza, Félix Sánchez Garzón y Federico Romero, de La Paz. Hasta entonces, cada uno de nosotros había tenido su ambiente, su familia, su pueblo; pero a partir de aquel momento, rotos los lazos que nos ataban al inmediato pasado, todos comprendimos que algo nos unía ya como a una gran familia y que juntos íbamos a afron-

tar el porvenir. Para nosotros, adquiriría realidad este pacto: en la adversidad como en el triunfo, todos para uno y uno para todos.

De entonces acá, han transcurrido treinta años. Treinta años que el recuerdo se empeña en revivir como si fueran hechos que apenas ayer hubieran tenido realidad. El buen juicio aconseja sin embargo, no convertir las reminiscencias en imágenes que sólo tienen valor para la emoción; es necesario levantar la mira y afinar el análisis, para convertir la presencia de este gallardo y gentil grupo de estudiantes, en un impulso renovador de la fe por el destino de nuestra tierra.

En el panorama cultural sudcaliforniano, hay dos etapas separadas por una fecha: 18 de noviembre de 1920. Hasta entonces, sólo cuatro profesionistas sudcalifornianos habían surgido: el doctor Federico Cota, el ingeniero Manuel Balarezo, el licenciado Carlos Meza León y el ingeniero Modesto C. Rolland. Oficialmente, nada se había hecho por encauzar la formación cultural superior de los habitantes de esta tierra y las generaciones se habían sucedido una tras otra dominadas por un increíble complejo de inferioridad a través del cual se concebía al médico, al abogado, al ingeniero, al escritor, al profesor normalista y por añadidura, al gobernante y a los altos funcionarios públicos, como elementos de necesaria importación. Nuestro tradicional aislamiento, más acentuado que en ningún otro, en el aspecto cultural, había dado lugar al desarrollo de un sentimiento muy semejante al del paria que está conforme con la superioridad de los demás y acepta que a él, sólo le corresponde tributarles rendida admiración. Sólo de tarde en tarde, habían surgido valores aislados, que sin ningún estímulo, venían a ser la expresión de un excedente de energía anímica que se revelaba ante tan injusta situación; pero nada se hacía en forma organizada para romper con la tradición que nos mantenía relegados a un sitio de extrema retaguardia por lo que ve a los elevados planos de la cultura. Las familias de posición económica desahogada, se conformaban con enviar a sus hijos a San Diego, Los Angeles o San Francisco por unos cuantos años, de donde regresaban hablando inglés y masticando chicle, si es que regresaban.

Nadie pensaba en la ciudad de México como centro de difusión cultural y sólo se sabía de ella, que era la capital de una para nosotros hipotética República a la cual teníamos el honor de pertenecer; pero se encontraba de nosotros tan lejana como esos mundos que sabemos que existen en alguna remota galaxia. El concepto de Patria, sólo era una abstracción realizada trabajosamente por los maestros a través de las lecciones de Historia de México en las que sin saber las causas, conocíamos a los Aztecas, Toltecas y Mayas, pero nunca a nuestros Guaycuras, Pericúes y Cochimíes. La Patria por su parte, muy poco había hecho para cobijarnos en su amoroso abrigo y sólo se acordaba que existíamos como algo de su pertenencia, cuando algún Senador norteamericano hablaba de comprar la Baja California. La ciudad de México era además, en nuestro concepto, un lugar peligroso para el viajero que siempre estaba en ella amenazado por el tifo, la pulmonía, la viruela negra y sus terribles asaltantes callejeros. Bella ciudad debe ser, se nos decía, pero quien a ella vaya, es un seguro sentenciado a muerte.

El 18 de noviembre de 1920, significó la destrucción de una serie de prejuicios, la iniciación de una nueva y fecunda etapa en la vida cultural de Sudcalifornia y el acercamiento definitivo a la Patria remota y lejana. La corriente, desde entonces establecida con los centros nacionales de cultura, se ha fortalecido a través del tiempo. Los hombres y las mujeres que realizan aquí estudios secundarios, hacen su plan de vida tomando en cuenta la posibilidad de prolongar su preparación en las aulas capitalinas o en las de alguna ventaja capital de provincia. La ciudad de México es para nosotros en los momentos actuales, algo muy diferente de lo que era hace treinta años. Ahora, la vemos envuelta en el prestigio de sus grandes centros educativos, de su arquitectura colonial, de sus maravillosos parques, de sus museos y galerías, de sus centros de recreo y de los numerosos sitios históricos que posee. Es también la Capital de un gran País del cual orgullosa y conscientemente formamos parte. Los profesionistas sudcalifornianos que se han formado desde entonces, suman ya un número que pasa de los cincuenta en las variadas ramas del derecho, la medicina, la economía, el magisterio, la ingeniería, la música, la agronomía, la

farmacia, el comercio, la odontología, la química, la bacteriología, la milicia y la aviación; el grupo de estudiantes que realiza sus estudios actualmente, del que nuestros distinguidos huéspedes de esta noche son dignos representativos, aumentará esta enumeración con la arquitectura, la pintura y el arte escénico, y constituye el más sólido apoyo para las esperanzas de un porvenir luminoso de la Baja California.

Quienes intervinieron en forma directa para tender este puente a través del Mar Bermejo, que nos une cada vez más sólidamente a la Patria y aumenta día a día las posibilidades de que logremos el ansiado mejoramiento integral de esta tierra, le hicieron a la Baja California más bien del que a primera vista parece, porque ninguna obra material, por amplia y sólida que la supongamos, puede igualarse a la majestad del espíritu humano cuando tiende el vuelo hacia los dominios del arte o de la ciencia. Su figura, se irá agigantando a medida que el tiempo transcurra y la historia consignará sus nombres en las páginas que se reservan a los grandes realizadores.



La Primera Casa del Estudiante Sudcaliforniano

La existencia de una casa en la ciudad de México que aloje a los jóvenes bajacalifornianos que desean continuar sus estudios, ha sido una necesidad de todos los tiempos, que se hizo realidad por primera vez a fines del año de 1920, gracias al propósito expresado durante su campaña política para Gobernador del Territorio, por el señor Agustín Arreola, cuando el Presidente Interino de la República, don Adolfo de la Huerta, le dio la oportunidad a esta Entidad de elegir gobernador nativo por medio de plebiscito.

Cuando el pueblo hubo expresado su voluntad y don Agustín Arreola asumió la gubernatura, uno de sus primeros pasos fue

cumplir la palabra empeñada de enviar estudiantes a la ciudad de México a proseguir sus estudios. Para este fin, designó al profesor Arturo Oropeza Villegas, quien se encargó, no sólo de integrar el grupo de estudiantes, sino de conducirlo a la ciudad de México y dirigir la Casa del Estudiante Sudcaliforniano, en su primera etapa. Oropeza Villegas fue siempre un maestro de gran inspiración pedagógica. Nacido en Yahualica, Estado de Jalisco, siendo muy joven había realizado sus primeras experiencias como maestro en diversos Estados de la República. Contaba sólo 24 años cuando llegó al Territorio en el que desempeñó con acierto delicadas comisiones cuyos efectos han trascendido a través de los años.

En 1920, era Director de la Escuela "Ignacio Allende" de la ciudad de La Paz, cuando fue designado para hacerse cargo de la dirección del grupo de estudiantes que debería trasladarse a la capital de la República, a abrir la brecha por la que desde entonces, muchos jóvenes se han lanzado con el propósito de capacitarse para servirle mejor a su Patria Chica.

El primer grupo de estudiantes, lo formábamos Luis Peláez, Félix Sánchez Garzón, Federico Romero, José Ma. Meza, Gustavo Moreno, Raúl Estrada y Francisco Borbón, de La Paz; Pablo Nolasco y Francisco Cota de El Triunfo; Manuel Galván, Alejandro Pedrín y el que esto relata, de San José del Cabo.

Era el 18 de noviembre de 1920 y en el pequeño muelle que había entonces, que utilizaríamos para embarcarnos rumbo al puerto de Manzanillo en el pailebot "San Antonio", decano de nuestra marina mercante, se reunieron muchas personas entre las cuales se encontraban el propio Gobernador del Territorio, el inspirado poeta don Filemón C. Piñeda, el profesor Bonifacio Díaz que era Delegado del Ministerio de Educación, algunos otros funcionarios, familiares y amigos de los que partíamos y un gran número de curiosos.

Cuatro días más tarde llegábamos al puerto de Manzanillo, del Estado de Colima, después de una breve permanencia frente a las Islas Marías, para que el Capitán de nuestro barco, que lo era

el Chacho Peña, se pusiera en contacto con la armada de buceo que tenía a sus órdenes el joven Miguel L. Cornejo González.

Al siguiente día de nuestro arribo al puerto de Manzanillo, abordamos el tren que nos conduciría a la ciudad de Colima donde deberíamos pasar la noche, para reanudar el viaje a muy temprana hora del día siguiente. A la ciudad de Guadalajara llegamos ya entrada la noche, donde permanecemos más de 20 horas, para proseguir después hacia la ciudad de México, a la que llegamos tras un continuo rodar de los carros del ferrocarril. Era pues, el 26 de noviembre, cuando se presentó a nuestra vista la capital mexicana, haciendo nuestro arribo en la estación Colonia precisamente donde hoy se alza un hermoso monumento a la madre.

Nos sirvió de alojamiento durante los primeros 30 días el Hotel "Buenos Aires", situado en la calle Motolinía entre las avenidas 5 de Mayo y 16 de Septiembre, es decir, en la parte más céntrica de la ciudad, a escasas tres cuadras de la Catedral, el Zócalo y el Palacio Nacional.

Por demás está decir que el cambio de ambiente fue para todos muy brusco. Muchos de nosotros, que habíamos vivido en ranchos o en pequeños pueblos, nos sentimos de pronto en medio de ese mar de cosas nuevas y tumultuosas que era la ciudad de México en el primer cuarto de este siglo. Las calles, con su tránsito abrumador, los teatros, los museos, los cinematógrafos y los circos, nos aplastaron materialmente y la presencia de la sucesión de edificios gigantescos que hay en el centro de la ciudad, nos produjo el mayor asombro.

En el tiempo que permanecemos en el Hotel Buenos Aires, pudimos admirar, en el Teatro Esperanza Iris, la Opera Lohengrin del inmortal músico alemán Ricardo Wagner. En el teatro Colón, donde hacía de las suyas la estrella de estrellas de la época María Conesa, más conocida como la "Gatita Blanca", se presentaban tres revistas que a nosotros nos parecieron muy atrevidas y con un gran atractivo: "Las Diosas Modernas", "La India Bonita" y "Las Huertas de don Adolfo", en la que se hacían claras alusiones, al Presidente Interino de la República. Nos entretuvieron

también, las funciones de circo que se presentaban en un solar desocupado en la avenida 5 de Mayo, muy cerca de la calle Bolívar.

El 22 de diciembre asistimos, guiados por el maestro Oropeza, al homenaje que se rendía a don José Ma. Morelos y Pavón en el 105 aniversario de su muerte, en el sitio mismo de su sacrificio, ocurrido en el año de 1815: San Cristóbal Ecatepec, del Estado de México.

El viaje lo hicimos en ferrocarril, pues la carretera México-Pachuca aún no se construía. Durante ese festival, el maestro Oropeza tomó la palabra presentándonos como verdaderos héroes que habíamos hecho un gran recorrido por mar y tierra para llegar, desde la lejana Península de Baja California, hasta la capital de la República.

El auditorio, compuesto en su mayoría por campesinos de la zona de San Cristóbal, confundió el nombre de sudcalifornianos que nos había dado el maestro Oropeza y cuando éste terminó su vigorosa peroración, fuimos saludados por un grito estentóreo de la concurrencia que nos aclamaba diciendo: ¡Vivan los submarinos!

Ante la curiosidad de las gentes, visitamos el museo dedicado a Morelos, que se encuentra en el edificio que en la época virreinal fue la casa de descanso de los nobles viajeros que venían de Veracruz en las carrozas reales y que pasaban en esta casa su última noche antes de hacer su entrada a la capital de la Nueva España.

A fines de diciembre, nos trasladamos a la casa que había sido alquilada para nosotros en el pueblo de Mixcoac y que era la marcada con el número 47 de la calle Zaragoza. Esta casa, era muy hermosa y amplia, con un jardín al frente y a espaldas una huerta que producía tunas, chabacanos, peras y tejocotes. Fue para nosotros una delicia sentirnos en esta casa, por primera vez durante muchos días, en un ambiente muy parecido al que habíamos dejado en nuestros pueblos de procedencia. ¡Vaya —dijimos—, aquí se puede respirar!

El propietario de la casa, un señor muy bondadoso de nom-

bre Miguel Salcedo, tenía dos hijas, Eva y Esperanza y un hijo, Miguel, que años más tarde se recibió de Médico y ahora es quien habita la casa donde vivimos los primeros estudiantes sudcalifornianos que asistimos a las aulas capitalinas.

En el mes de enero, vinieron las inscripciones en las escuelas y todos quedamos distribuidos en los planteles de nuestra elección: Manuel Galván y Félix Sánchez Garzón, en la Escuela Nacional Preparatoria; Alejandro Pedrín, Francisco Cota, Pablo Nolasco y Raúl Estrada, en la Escuela Superior de Comercio y Administración; Luis Peláez, en el Conservatorio Nacional de Música; Francisco Borbón, en la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas; José Ma. Meza, Federico Romero y yo, en la Escuela Normal



Primer grupo de estudiantes sudcalifornianos. Año de 1920. Sentados, de izq. a der.: Francisco Cota Moreno, Alejandro Pedrín, el maestro Arturo Oropeza, Federico Romero y Francisco Borbón. De pie: Gustavo Moreno Uruchurtu, Raúl Estrada, Pablo Nolasco, Luis Peláez Manríquez, Félix Sánchez Garzón y Jesús Castro Agúndez.

para Maestros, y Gustavo Moreno, que aún no terminaba el 6o. año, quedó en la Escuela Primaria "Valentín Gómez Farías" del pueblo de Mixcoac. Meses más tarde, llegaron a la casa en forma

sucesiva, atraídos por el deseo de realizar estudios superiores, Rafael Osuna y Braulio Maldonado, que se inscribieron en la Escuela Nacional Preparatoria; Pedro Peláez, en el Conservatorio Nacional de Música; Roberto Piñeda, en la Escuela Superior de Comercio y Administración, y Arturo Delgado, en la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas.

En la casa se alojaban además de los estudiantes, el maestro Oropeza; su esposa, la profesora Jovita Meza de Oropeza y la hija de ambos, América Oropeza Meza, de escasos dos años de edad.

Para trasladarnos del pueblo de Mixcoac a la ciudad de México, utilizábamos los tranvías rápidos de Mixcoac y de San Ángel, que en unos cuantos minutos nos transportaban a lo largo de los dieciséis kilómetros que nos separaban del centro de la ciudad.

La concurrencia a los planteles, produjo las primeras anécdotas, tan comunes en la vida estudiantil y fue dejando ver las características personales de cada estudiante. Panchito Cota, al hacer su primera prueba de Inglés, llegó al salón de clase cuando sólo quedaban desocupados los asientos de la última fila. La miopía de Pancho, le impedía ver las cuestiones que habían sido escritas en el pizarrón. Entonces, haciendo uso de la inteligencia privilegiada que Dios le había dado, en el cuaderno que debería utilizar para la prueba, escribió una explicación sobre su defecto visual y la circunstancia de haber llegado, cuando todos los asientos delanteros estaban ocupados, pidiéndole de paso disculpas al maestro, por no poder contestar las preguntas que había formulado en el pizarrón, todo en tan buen Inglés, que el catedrático, tras un elogioso comentario, le otorgó a su trabajo la calificación de diez, la más alta en esa ocasión entre el grupo de cincuenta estudiantes que presentaron la prueba. Alejandro Pedrín se significó por su elegancia en el vestir, sus buenas maneras y su marcado interés por las manifestaciones artísticas; Luis Peláez, destacó por su sensibilidad para la música; Gustavo Moreno, se señaló por su afán de pronunciar frases en tono oratorio, como la ocasión aquella en que siendo alumno del Primer año de Preparatoria y Representante de su grupo en el Consejo Estudiantil, indignado porque uno de

sus compañeros afirmaba que el Escudo Nacional eran los tres colores de nuestra Bandera, pidió violentamente la palabra y dijo: "Miente usted compañero, ese no es el escudo nacional; le falta el águila devorando crótalos cobardes". Pablo Nolasco, se distinguió por su gran afición a la buena vida y al uso de corbatas muy llamativas; Raúl Estrada, era el orden personificado y muy ponderado en todos sus actos; Manuel Galván, poseía una gran afición por el vestir muy atildado y sus expresiones y actitudes eran siempre sarcásticas; Federico Romero, poseía una clarísima inteligencia, pese a su retrainimiento y acentuada timidez; Pancho Borbón vestía siempre a la última moda, con trajes de buen corte, camisas bien planchadas y fue el primero que en la casa usó los cuellos de "palomita"; José Ma. Meza, fue siempre un muchacho alegre, despierto y muy buen compañero; Félix Sánchez Garzón, se destacó como magnífico estudiante mientras estuvo en la Preparatoria. Yo por mi parte, siendo el menor de todos y el que menos relaciones humanas había tenido, pues la mayor parte de mi vida la había pasado en "Agua Hedionda", el rancho de mis abuelos maternos, perteneciente al Municipio de San José del Cabo, era el más tímido e inseguro.

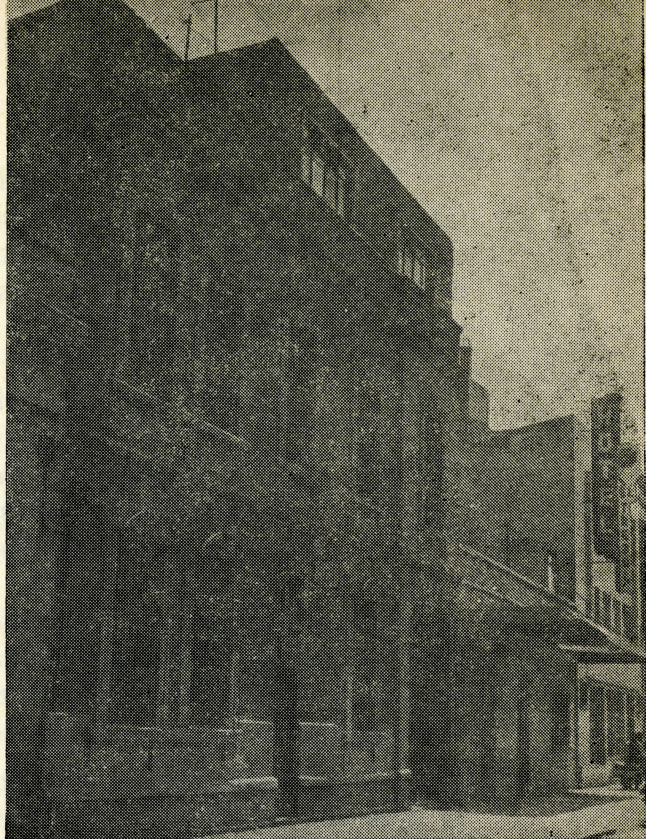
Los que llegaron después, mostraron estas características: Rafael Osuna era dueño de una gran capacidad retentiva y un gran razonador; Braulio Maldonado, era vivaz y de una gran perspicacia; Arturo Delgado, tenía profunda afición por la mecánica y gran inclinación por los inventos; Roberto Piñeda fue siempre un bromista jovial y Pedro Peláez, como su hermano Luis, era un músico nato y un permanente creador de melodías.

La vida nos ha llevado por donde ha querido, imponiéndonos sus leyes, sin que hayamos podido alcanzar todo lo que soñamos. Muchos de los que fundamos la Casa del Estudiante Sudcaliforniano en México, han muerto ya dejando entre sus amigos y conocidos, un hondo vacío. Otros, seguimos viviendo y aún luchamos por hacer que se realicen nuestros anhelos.

Han muerto, Manuel Galván, Alejandro Pedrín, Francisco Cota, Francisco Borbón, José Ma. Meza y Arturo Delgado. Vivi-

mos aún, Federico Romero, Félix Sánchez Garzón, Gustavo Moreno, Raúl Estrada, Luis Peláez, Rafael Osuna, Roberto Piñeda, Braulio Maldonado, Pedro Peláez y yo, que hago este relato. También ha dejado de existir, la maestra Jovita Meza de Oropeza y viven el gobernador que envió los primeros estudiantes a la ciudad de México, don Agustín Arreola; el maestro Oropeza, fundador de la Casa del Estudiante y América, la niña que llegó con nosotros a México con sólo dos años de edad, es ahora una distinguidísima maestra de Jardines de Niños.

La corriente de estudiantes de Baja California a los centros de estudios superiores, no se ha interrumpido desde entonces, tanto hacia la ciudad de México como a la de Guadalajara y habré de referirme a la segunda Casa del Estudiante Sudcaliforniano que estuvo ubicada en el No. 73 de la calle Violeta de la Colonia Guerrero, en la ciudad de México, bajo la dirección del Maestro Domingo Carballo.



La Segunda Casa del Estudiante Sudcaliforniano

Todo el año de 1921 la Casa del Estudiante Sudcaliforniano continuó funcionando en el pueblo de Mixcoac en el No. 47 de la calle Zaragoza, lo que nos permitió atender la invitación a las magníficas posadas que al finalizar ese año, ofreció la familia Aguilera, que tenía su residencia muy cerca de nuestra casa y a las cuales asistían entre otras personas, la señorita Leonor Llorente, quien algunos años más tarde había de ser la segunda esposa del Gral. Plutarco Elías Calles; su padre, don Enrique Llorente, que era un hombre de una presencia muy distinguida y don Luis, hermano de don Enrique, muy nombrado en ese entonces porque fue el intermediario entre el Gobierno del Presidente Interino don Adolfo de la Huerta y el Gral. Francisco Villa, quien al amnistiarse como es de todos conocido, tomó posesión de la Hacienda de Canutillo, del Estado de Chihuahua, junto con la flor y nata de sus famosos Dorados.

También recuerdo que conocimos como asistente a estas fiestas, a una muchacha solterona, que destilaba romanticismo y que en uno de los paréntesis a que daban lugar los brindis, la quebrada de la piñata, las pedidas de la posada y el baile, declamó aquella poesía de Amado Nervo que dice:

*Yo no nací para reír, en vano
el sol dora con sus rayos mi cabeza
soy gentilhombre del dolor humano
y envuelto voy al insondable arcano
en el manto imperial de mi tristeza.*

Fue a principios de 1922, cuando nos trasladamos a la segunda Casa del Estudiante Sudcaliforniano, que estuvo ubicada en la calle de La Violeta No. 73, en la populosa colonia Guerrero, es decir, muy cerca del corazón de la ciudad de México.

Ya para entonces, el maestro Arturo Oropeza había dejado la dirección de nuestra Casa, para hacerse cargo del Internado "Francisco I. Madero", que a iniciativa suya creóse en el Parque que desde 1911 llevaba el nombre del Mártir de la Democracia y que estaba ubicado en el No. 104 de la calle de Jardineros, de la tenebrosa colonia de La Bolsa.

En lugar del maestro Oropeza, el Gobernador del Territorio don Agustín Arreola, había nombrado a Domingo Carballo, hombre serio y de alguna edad, quien después de ejercer el magisterio durante varios años, se había trasladado a la ciudad de México a continuar sus estudios para obtener el título de Profesor Normalista.

Nuestra vida en la nueva Casa, se deslizaba tranquila, sin grandes tropiezos, aunque con algunas penurias, muy frecuentes por otra parte, en la vida estudiantil. Nuestras diversiones más frecuentes, eran el cinematógrafo y los eventos deportivos. En estos últimos, algunos de nosotros empezábamos a destacar: Rafael Osuna, era un buen basquetbolista; Luis Peláez, Raúl Estrada y José Ma. Meza, boxeaban con mucha destreza; Gustavo Moreno, que

después de concluir su sexto año en la Escuela Primaria “Valentín Gómez Farías” en el pueblo de Mixcoac, se había inscrito en la Escuela Nacional Preparatoria, era un gran aficionado al atletismo. Yo por mi parte, me había inscrito en el trak-team de la Escuela Normal y participaba ya, como atleta de número, en los encuentros atléticos de la rama intermedia, que tenían como escenario el desaparecido Parque Unión, que se levantaba a inmediaciones de lo que es hoy el Monumento a la Revolución.

Ya para concluir el año escolar de 1922, es decir, el segundo de nuestra permanencia en la ciudad de México, cuando por fortuna habían pasado para mí los exámenes finales, fui víctima de una infección de tifo exantemático, que por fortuna no se extendió ni en la colonia Guerrero ni entre los demás estudiantes sudcalifornianos, gracias a los cuidados que en el caso observaron, de un lado, Domingo Carballo y del otro, el eminente médico epidemiólogo Octavio Favela que era vecino nuestro y un destacado especialista en enfermedades infecto-contagiosas reconocido internacionalmente.

La intervención del doctor Favela no libró a nuestra Casa de que sobre la puerta del zaguán que daba acceso a la calle, se pusiera una cartulina con la siguiente leyenda que empavoreció a todos los vecinos: *“En esta casa hay un enfermo de tifo exantemático”*.

Repuesto de mi enfermedad, me uní al resto de los estudiantes para pedirle al señor Enrique Von Borstel Mendoza, Diputado Federal por el Territorio, que hiciera gestiones ante don Agustín Arreola, para que nos diera los pasajes al Territorio a fin de visitar a nuestros familiares. Las gestiones fueron tenaces y en una ocasión en que el señor Von Borstel, más conocido como “Plique”, nos brindó en su casa habitación una cena, nosotros compusimos una cuarteta que decía:

*Yo no quiero cena
le dijo Domingo
yo quiero dinero
para irme a La Paz.*

El viaje lo realizamos al uso de la época, es decir, en tren y en barco vía Manzanillo, Colima, y fue para todos nosotros como un vigorizante riego espiritual ponernos en contacto con las cosas del Territorio, que durante dos años de permanencia en la ciudad de México habíamos idealizado peligrosamente, y con nuestros familiares que al despedirnos de nuevo lo hicieron con menos tristeza, pues habían aprendido, por propia experiencia, que de la ciudad de México "sí se podía regresar."

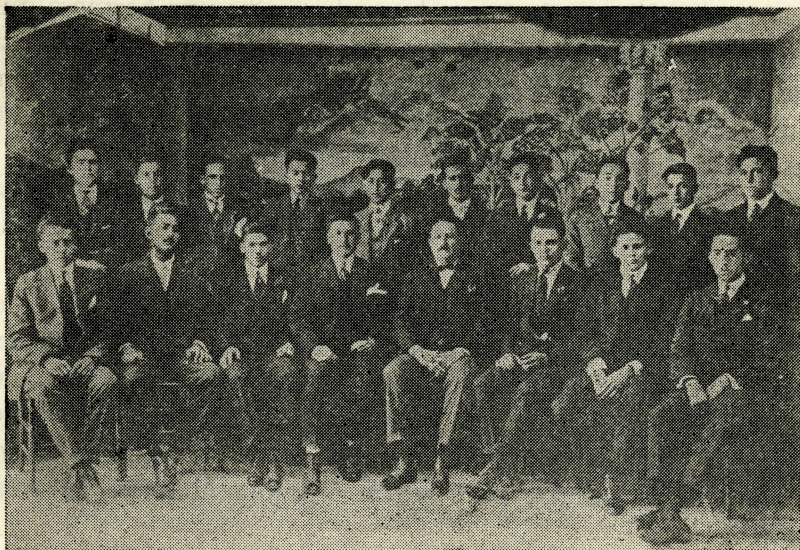
Nuestra actividad en la capital de la República, había despertado una gran inquietud entre la juventud sudcaliforniana que advertía ya la posibilidad de lograr su preparación, en las aulas capitalinas, con lo que la permanencia de los estudiantes sudcalifornianos en la Capital, a falta de otros méritos, tenía la de haber abierto una brecha por donde la juventud, a partir de entonces, marcharía al encuentro de su destino.

Al volver a la ciudad de México, nos acompañaban nueve estudiantes más, anhelosos de seguir adelante. Ellos eran: de La Paz, Manuel Carballo, Ramón Hiraes, Lamberto Verdugo y Salvador Delgado; de San José del Cabo, Alfredo Green y Basilio Flores, ambos maestros empíricos en servicio, el primero casado ya y con dos hijos; de Todos Santos, Ignacio Rochín y Benjamín Osuna; y de Loreto, Héctor Núñez Verdugo.

Los nuevos estudiantes, se inscribieron en diversas escuelas: Manuel Carballo, Salvador Delgado, Ignacio Rochín, Basilio Flores y Alfredo Green eligieron la Escuela Normal para Maestros; Lamberto Verdugo y Benjamín Osuna, ingresaron en la Escuela Nacional Preparatoria, y Ramón Hiraes y Héctor Núñez Verdugo, pasaron a engrosar las filas de quienes aspiraban a obtener la más elevada preparación en carreras técnicas.

Como siempre ocurre, de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano fueron saliendo algunos de sus moradores que no pudieron o no quisieron seguir estudiando. Al iniciarse el año de 1924, terrible para nosotros porque nos hizo probar los sinsabores de la Revolución Delahuertista, como consecuencia de la cual dejó el Gobierno del Territorio don Agustín Arreola, con todas sus fatales consecuencias para quienes habíamos sido los consentidos de su

administración, en la lista de los estudiantes de nuestra Casa ya no figuraban Manuel Galván, Panchito Cota, Pablo Nolasco, Federico Romero, Raúl Estrada, Pancho Borbón, Roberto Piñeda y Arturo Delgado. Todos ellos habían regresado al Territorio por alguna poderosa razón. Félix Sánchez Garzón también la había



Estudiantes sudcalifornianos del primero y segundo grupo que salieron a México, con el Gobernador Agustín Arreola. Sentados, de izq. a der.: Benjamín Osuna, Ignacio Rochín, Félix Sánchez Garzón, Domingo Carballo Félix, el Gobernador Agustín Arreola, Luis Peláez Manríquez, Jesús Castro Agúndez y Manuel Galván. De pie: Braulio Maldonado Sáñez, Arturo Delgado, Gustavo Moreno Uruchurtu., Roberto Piñeda, Federico Romero, Alfredo Green González, Alejandro Pedrín, Pablo Nolasco, Basilio Flores y Héctor Núñez.

dejado, pero sólo como un cambio de domicilio pues vivía con una familia de apellido Domínguez, por deseo expreso de sus familiares. José Ma. Meza, hacía tiempo que vivía con su hermana, la profesora Jovita Meza esposa del maestro Oropeza, en el recién abierto Internado "Francisco I. Madero" en la colonia de La Bolsa, donde José Ma. estaba teniendo riquísimas experiencias en el terreno humano.

Nuestra Casa de Violeta 73, de ladrillo rojo, con cochera, co-

medor, sala, cocina, escalera de acceso a los pisos superiores, la escalera de servicio que conducía a los lavaderos, tendederos y cuarto de plancha que se encontraban en la azotea, contaba además, con ocho recámaras, en las que nos habíamos distribuido con bastante comodidad. Entre el comedor y la cocina, había un magnífico emplomado a colores en el que destacaba una hermosa mujer en actitud yacente que según supimos o nos lo imaginamos, era el retrato de la esposa del propietario de la Casa, quien, según nuestros cálculos, debería ser muy rico, pues tenía en la Colonia otras casas y era dueño del cine "Isabel" situado en Santa María La Ribera. Por la Casa descrita, el Gobierno del Territorio pagaba la escandalosa renta de \$ 250.00 (DOSCIENTOS CINCUENTA PESOS) mensuales.

Los cines que con mayor frecuencia visitábamos, eran el Odeón, el Briseño, el Casino, el San Hipólito, el Isabel y el Mina, que los domingos cobraban en luneta cincuenta centavos por persona, entre semana treinta y los viernes populares, el lunetario costaba diez centavos y la galería cinco. Algunos de nosotros, para ahorrar, preferíamos la galería, pues según argumentábamos "se veía lo mismo".

Era el tiempo del cine mudo y había que estar muy pendiente de los letreros para enterarnos de lo que se decían "la muchacha y "el muchacho" y una orquesta de mala muerte tocaba a intervalos al pie de la pantalla, para darle ambiente al espectáculo.

Con frecuencia, carecíamos en absoluto de dinero para divertimos, por lo que entrábamos en arreglos con el Director-Administrador de la Casa, para que en vez del huevo del desayuno, nos diera su importe, que eran cinco centavos, en cuya forma lográbamos reunir hasta treinta y cinco centavos a la semana.

La beca de que disfrutábamos, era espléndida, pues mientras los demás Estados de la República becaban a sus estudiantes con cuarenta pesos al mes, sin ninguna otra ayuda, nosotros recibíamos setenta y cinco pesos y la renta de la Casa la pagaba el Gobierno del Territorio.

La forma de administración interna era sencilla: con el conjunto de las becas, que recibía religiosamente por medio de un

libramiento mensual Domingo Carballo, se constituía el fondo común, que se utilizaba para comprar provisiones, pagar a las sirvientas, que eran dos, y cubrir el importe del consumo de luz. Al hacerse la liquidación mensual, nos quedaban en ocasiones hasta diez pesos, que cada quien recibía y aplicaba a su saber y entender.

Los envíos de dulce, carne seca, chorizos y queso, que nos llegaban con alguna frecuencia procedentes de nuestros hogares, provocaban la mayor alegría y eran de verse las fiestas que armábamos con ese motivo.

El triunfo del Gobierno del General Obregón sobre los grupos delahuertistas y el ascenso del Gral. Plutarco Elías Calles a la Presidencia de la República, trajeron consigo la terminación del periodo de gobierno de don Agustín Arreola, quien fue sustituido, en forma interina, por el Coronel Librado Abitia. Consecuentemente, Domingo Carballo dejó la dirección de la Casa del Estudiante, y por economías, la beca se nos redujo a cincuenta pesos, corriendo por nuestra cuenta el pago de la renta de la Casa. Como Director, fue nombrado el señor Belisario Palacios, con quien muy pocas ligas teníamos y a quien muchos de nosotros ni siquiera conocíamos.

Para ajustar nuestra vida a la nueva situación económica, buscamos una casa más barata, la que encontramos en el No. 113 de la calle Héroes, también de la colonia Guerrero.

Fue en este periodo en donde en realidad se inició la desintegración de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano. Durante algunos años, funcionó en el local ya indicado, habiendo sustituido a don Belisario Palacios en el cargo de Director, un señor de apellido Magdaleno, quien raras veces nos visitaba, pues aún la beca, que ahora administrábamos en forma personal, teníamos que ir a recogerla a su domicilio. Después, la Casa funcionó en el No. 32 de la calle de Venezuela; más tarde, se localizó en la calle de Regina. En esta época, por desórdenes frecuentes dentro de la Casa y las continuas faltas de respeto de parte de los estudiantes hacia el Director, se ordenó su clausura cuando era el Gral. Agustín Olachea Avilés, Gobernador del Territorio. Esto ocurría en el año de 1946, acordándose que en lugar de la casa, se otorgaran becas a los estudiantes que quisieran realizar sus estudios en México.

Como la casa seguía siendo una necesidad, no tardaron en agruparse algunos estudiantes para hacer economías viviendo juntos y poder así sufragar los gastos que demandaba su permanencia en México. Esto dio lugar a que se creara de nuevo una pequeña Casa del Estudiante Sudcaliforniano que funcionó sucesivamente en Ajusco No. 7, de la Colonia Roma; en Sur 74 de la Colonia Viaducto Piedad, y en la Calzada Santa Anita, de la misma colonia.

Así, llegó el año de 1965 y con él, la administración territorial del Lic. Hugo Cervantes del Río, quien percatado de la necesidad de que existiera en la ciudad México una Casa del Estudiante Sudcaliforniano, promovió su reinstalación a la que en riguroso



Lic. Hugo Cervantes del Río.
Gobernador del Territorio (1964-1970).

turno, le correspondía el número 9 y para el efecto se alquiló un local en el No. 169 de la calle de Yácatas de la colonia Narvarte, por el que se pagan cinco mil pesos mensuales y en el que pueden alojarse cómodamente 44 estudiantes. Como el Gobierno del Te-

territorio desea darle a la Casa mayor firmeza, está en arreglos para la compra de una casa que tendrá un costo de ochocientos mil pesos, con capacidad para alojar 70 estudiantes.



Grupo actual de 40 internos que viven en la Casa del Estudiante ubicada en Yácatas 169 de la colonia Narvarte acompañados del director, profesor Salvador Pérez Martínez y por otros estudiantes sudcalifornianos externos. Esta Casa es también la sede de la Asociación de Estudiantes Sudcalifornianos en México, D. F. y de la Colonia Sudcaliforniana en la capital de la República.

Para reforzar la acción oficial en favor de los estudiantes, se creó desde 1965 el Patronato del Estudiante Sudcaliforniano que labora activamente para lograr que las condiciones en que vivan los estudiantes en la ciudad de México, sean las mejores y porque la Casa responda a la imagen que de ella se ha creado: que sea un risueño pedazo del Territorio situado en el corazón de la capital de la República, donde lo mejor de la juventud terrisurense encuentre los motivos suficientes para permanecer fiel a su Patria Chica y se prepare convenientemente para servirla con la mayor lealtad.

¿Quiere esto decir que la Casa del Estudiante Sudcaliforniano retorna al punto de partida, con renovado vigor para ponerse al servicio de nuestra juventud?

¿Quiere esto decir que la precipitada caída de la Casa del Estudiante, que se inició en el año de 1924 ha terminado y que surge a la vida más fuerte y sana que nunca para dar lugar a que florezcan en ella nuestras mejores esperanzas?

¡Así lo esperamos ardientemente!

LOS PRIMEROS INTERNOS DE LA CASA DEL ESTUDIANTE SUDCALIFORNIANO

(1920 y 1923)

Por orden alfabético:

Viven:

Profr. Domingo Carballo Félix.
Profr. Manuel Carballo Flores.
Profr. Jesús Castro Agúndez.
Sr. Raúl Estrada Navarro.
Profr. Basilio Flores.
Prof. Alfredo Green González
Sr. Ramón Hiraes Carballo.
Lic. Braulio Maldonado SándeZ.
Lic. Gustavo Moreno Uruchurtu.
Sr. Pablo Nolasco.
Sr. Héctor Núñez Verdugo.
Ing. Rafael Osuna Bareño.
Profr. Luis Peláez Manríquez.
Profr. Pedro Peláez Manríquez.
Sr. Roberto Piñeda Chacón.
Sr. Federico Romero Jenkins.
Sr. Félix Sánchez Garzón.

Fallecidos:

Sr. Francisco Borbón.
Profr. Francisco Cota Moreno.
Sr. Arturo Delgado.
Profr. Salvador Delgado.
Profr. Manuel Galván SándeZ.
Lic. José María Meza Olmos.
Sr. Benjamín Osuna.
Profr. Alejandro Pedrín Bello.
Profr. Ignacio Rochín González.
Lic. Lamberto Verdugo.

EDICIONES DEL PATRONATO DEL ESTUDIANTE SUDCALIFORNIANO

“VOCES DEL TIEMPO”

Profr. Néstor Agúndez Martínez (1970)

“MEDIO SIGLO DE LA CASA DEL ESTUDIANTE
SUDCALIFORNIANO EN MEXICO”.

Profr. Jesús Castro Agúndez

